



www.loqueleo.com/es

Título original: LES RÉCRÉS DU PETIT NICOLAS

El pequeño Nicolás, los personajes, las aventuras y los elementos característicos del universo del pequeño Nicolás, son una creación de René Goscinny y Jean-Jacques Sempé. Los derechos de depósito y de explotación de marcas ligadas al universo del pequeño Nicolás quedan reservados a IMAV éditions. Le Petit Nicolas® es una marca registrada verbal y figurativa. Todos los derechos de reproducción o de imitación de la marca y cualquiera de sus logos están prohibidos y reservados.

© 2013, IMAV éditions/Goscinny-Sempé

Première édition en France: 1961

© De la traducción: 2005, Miguel Azaola

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-034-3

Depósito legal: M-37.675-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: febrero de 2019

Más de 40 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

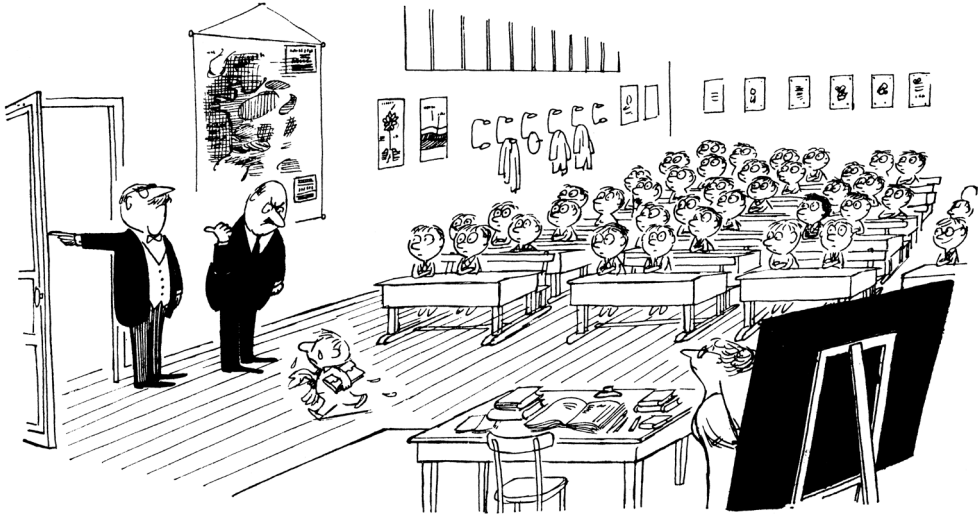
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Los recreos del pequeño Nicolás

Goscinny-Sempé

loqueleg

A Gilberte Goscinny.



Han expulsado a Alcestes



En el cole ha pasado una cosa terrible: ¡han expulsado a Alcestes! Todo ha sucedido durante el segundo recreo de la mañana.

9

Estábamos todos jugando tranquilamente al balón prisionero. Ya sabéis cómo se juega: el que tiene el balón intenta darle un balonazo a un compañero y entonces el compañero llora y le toca tirar a él. Es genial. Los únicos que no jugaban eran Godofredo, que faltaba hoy, Agnan, que siempre está repasando durante el recreo, y Alcestes, que estaba comiéndose su última rebanada de pan con mantequilla y mermelada de la mañana. Alcestes se guarda siempre la rebanada más grande para el segundo recreo, que es un poco más largo que los otros. El que tiraba era

10 Eudes, y eso no pasa casi nunca porque, como es muy fuerte, siempre procuramos no darle con el balón; y es que hace un montón de daño cuando le toca tirar a él. Bueno, pues Eudes apuntó a Clotario, que se tiró al suelo con las manos en la cabeza, de forma que el balón le pasó por encima y, ¡boing!, le dio en la espalda a Alcestes, que soltó su rebanada y se le cayó al suelo por el lado de la mermelada. Eso no le gustó un pelo a Alcestes, que se puso todo rojo y empezó a dar alaridos, y entonces el Caldo —nuestro vigilante— vino corriendo a ver qué pasaba. Lo que no vio fue la rebanada, así que la pisó, se resbaló y estuvo a punto de caerse. Se quedó muy sorprendido el Caldo cuando vio que tenía el zapato lleno de mermelada. Alcestes se puso como una fiera corrupta, empezó a agitar los brazos y gritó:

—¡Maldita sea! ¿Es que no puede mirar dónde pone los pies? ¡Ya está bien, hombre!

Alcestes estaba de lo más furioso. La verdad es que no puede uno andarse con bromas con

su comida, sobre todo cuando se trata de la rebanada del segundo recreo. Pero al Caldo tampoco le hizo mucha gracia el asunto.

—Míreme bien a los ojos —le dijo a Alcestes—. ¿Qué es lo que ha dicho usted?

—He dicho que maldita sea. ¡No tiene usted por qué pisar mis rebanadas! —gritó Alcestes.

Entonces el Caldo agarró a Alcestes por el brazo y se lo llevó. El Caldo hacía chuic, chuic al andar por toda la mermelada que llevaba en el pie.

11

Enseguida el señor Mouchabièrre tocó la campana del fin del recreo. El señor Mouchabièrre es un vigilante nuevo y todavía no hemos tenido tiempo de encontrarle un mote gracioso. Entramos en clase y Alcestes seguía sin volver. La profe estaba extrañada.

—Pero ¿dónde se ha metido Alcestes? —nos preguntó.

Íbamos todos a contestar cuando se abrió la puerta de la clase y entró el director con Alcestes y el Caldo.

—¡En pie! —dijo la profe.

—¡Siéntense! —dijo el director.

El director no parecía de muy buen humor, ni tampoco el Caldo. Alcestes tenía toda su cara mofletuda llena de lágrimas y daba sorbetones.

12 —Hijos míos —dijo el director—, el comportamiento de este compañero suyo con el Caldo... con el señor Dubon ha sido de una grosería incalificable. No encuentro la menor excusa para semejante falta de respeto hacia un superior que además es una persona mayor. Por consiguiente, su compañero queda expulsado. Es evidente que no se ha parado a pensar en el inmenso disgusto que va a dar a sus padres.



Porque, si en el futuro no se enmienda, acabará en presidio, que es el destino inevitable de todos los ignorantes. ¡Que esto les sirva de ejemplo a todos ustedes!

Y entonces el director le dijo a Alcestes que recogiera sus cosas, y Alcestes fue llorando a recogerlas y luego se marchó con el director y con el Caldo.

13

Nos quedamos todos muy tristes. La profe también.

—Intentaré arreglarlo —nos prometió.

¡Hay que ver lo maja que es la profe a veces, de verdad!

Cuando salimos del cole, vimos a Alcestes, que nos esperaba en la esquina de enfrente comiéndose un bollo de chocolate. Cuando nos acercamos a él, tenía un aspecto de lo más triste.

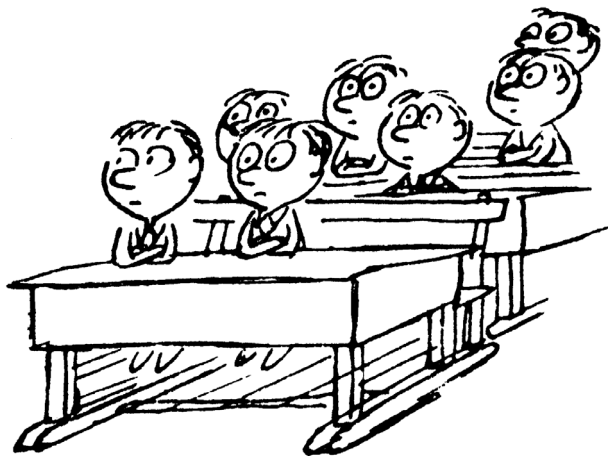
—¿No has vuelto todavía a tu casa? —le pregunté.

—Pues no —dijo Alcestes—, pero voy a tener que ir porque es la hora de comer. Apuesto a que mamá y papá me dejan sin postre

cuando se lo cuente todo. ¡Bah! Os juro que hay días...

Y Alcestes se marchó arrastrando los pies y masticando despacito. Casi daba la impresión de que se esforzaba en comer. ¡Pobre Alcestes! Estábamos la mar de preocupados por él.

14 Luego, por la tarde, hemos visto llegar al cole a la madre de Alcestes, con cara de malas pulgas y con Alcestes de la mano. Han entrado en el despacho del director, y el Caldo también.



Y al poco rato, cuando estábamos en clase, el director ha entrado con Alcestes, que estaba de lo más sonriente.

—¡En pie! —ha dicho la profe.

—¡Siéntense! —ha dicho el director.

Y entonces nos ha explicado que había decidido darle a Alcestes otra oportunidad. Ha dicho que lo hacía por los padres de nuestro compañero, que estaban tristísimos pensando que su hijo podría convertirse en un ignorante y acabar en presidio.

—Su compañero ha ofrecido disculpas al señor Dubon, que ha tenido la bondad de aceptarlas —ha dicho el director—. Espero que su compañero sepa agradecer tamaña indulgencia y que la lección recibida haya dado sus frutos y le sirva de advertencia para que, en el futuro, sepa redimir con su conducta la grave falta que hoy ha cometido. ¿De acuerdo?

—Pues... sí —ha contestado Alcestes.

El director le ha mirado, ha abierto la boca, ha dado un suspiro y se ha ido.

Nosotros estábamos la mar de contentos. Nos hemos puesto a hablar todos a la vez, pero la profe ha dado un golpe en su mesa con la regla y ha dicho:

—Sentaos todos. Alcestes, ve a tu sitio y pórtate bien. Clotario, sal al encerado.

16 Cuando han tocado para el recreo hemos bajado todos menos Clotario, que estaba castigado, como siempre que le preguntan. En el patio, mientras Alcestes se comía su bocadillo de queso, le hemos preguntado qué había pasado en el despacho del director, y entonces ha llegado el Caldo.

—Vamos, vamos —ha dicho—, dejen en paz a su compañero. El incidente de esta mañana ya está saldado. ¡Vayan a jugar! ¡Vamos!

Y ha agarrado por el brazo a Majencio, y Majencio ha empujado a Alcestes y el bocadillo de queso se le ha caído al suelo.

Entonces Alcestes ha mirado al Caldo, se ha puesto todo rojo, ha empezado a agitar los brazos y ha gritado:

—¡Maldita sea! ¡Es increíble! ¡Vuelta a hacerme lo mismo! ¡Es que es usted incorregible, de verdad!

